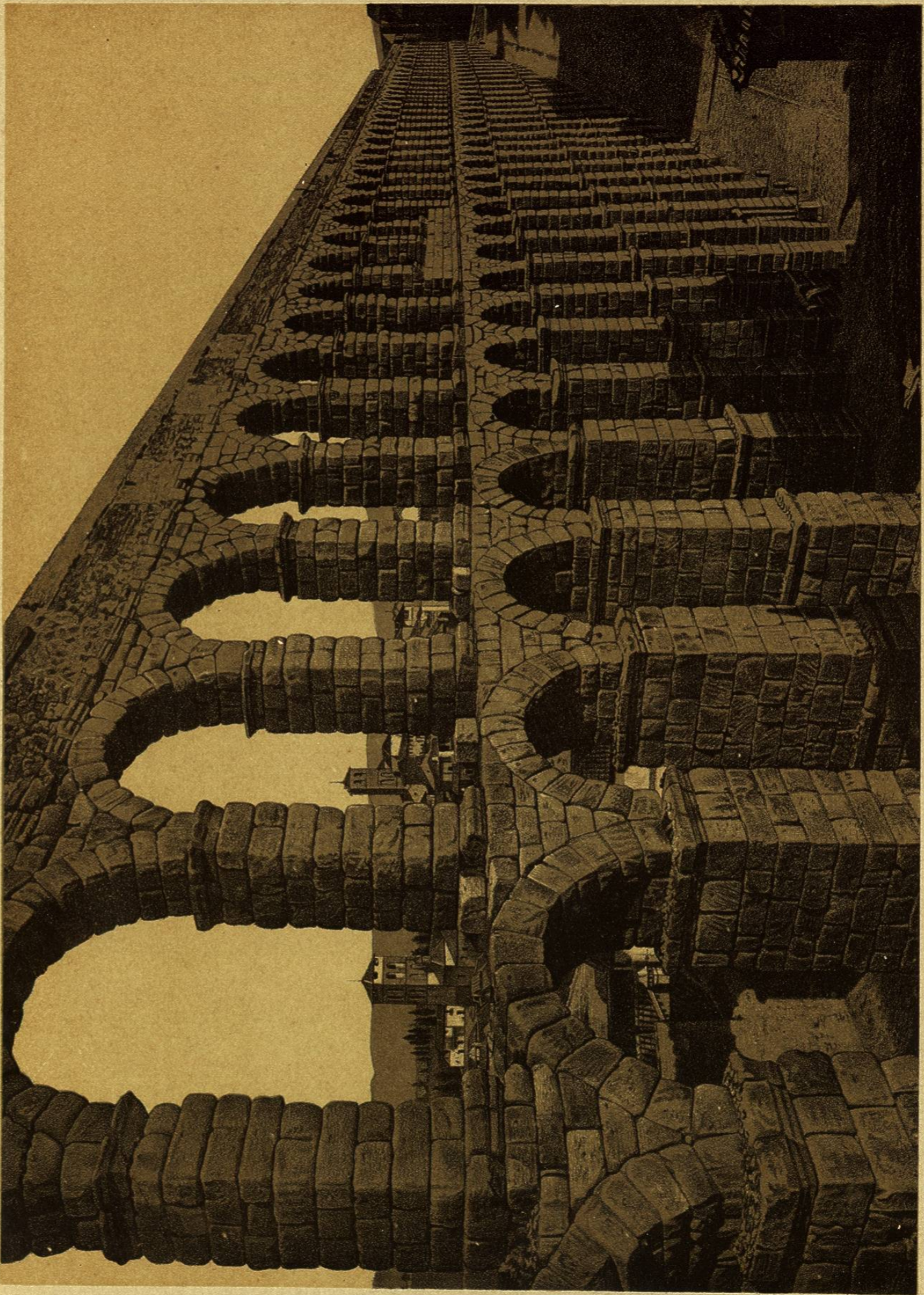


ACUEDUCTO DE SEGOVIA

Este acueducto, que sin duda alguna mereció el nombre de verdadero monumento de las artes y de las ciencias, es el más antiguo que se conserva en España, y que ha servido de modelo a los arquitectos de otros países. Fue construido por el emperador Trajano en el año 98 de nuestra era, y su longitud total es de 2021 pies, su menor elevación de 17 y la mayor de 102 pies. El acueducto se compone de 19 arcos de diferentes alturas, que se elevan en forma de escalera desde el río Tago hasta la ciudad de Segovia. Los arcos están hechos de sillares de granito, y los muros de los arcos de sillares de granito y ladrillo. El acueducto tiene una anchura de 10 pies en la base y una altura de 102 pies en la parte superior. El agua que corre por el acueducto es de muy buena calidad, y se utiliza para beber y para regar los campos de la zona.



ACUEDUCTO DE SEGOVIA
Atribuyese su construcción al emperador Trajano, en el siglo I de nuestra era. Su longitud total es de 2021 pies, su menor elevación de 17 y la mayor de 102

Itálica también, pasó á ocupar el trono imperial. A su entrada en Roma, honró la memoria de Trajano colocando su estatua sobre el carro triunfal. Era Adriano á la vez excelente artista y gran literato, aunque de mal gusto. Poseía conocimientos no comunes en matemáticas, en astrología, en cosmografía y medicina. Era orador y filósofo, gramático, arquitecto, músico, hábil pintor, y poeta griego y latino. Acompañaban á tanta ciencia virtudes muy recomendables; pero oscurecíanlas grandes vicios. Era generoso, amigo de hacer justicia, y gustábasele premiar el mérito, pero tachábasele de inconstante y caprichoso, y sus versos destilaban una voluptuosidad indigna de un príncipe, y descubrian una impudencia ver-

gonzosa. Sin faltarle disposición para la guerra, se mostró mas inclinado á las artes de la paz, y en su tiempo comenzaron á cejar por primera vez las armas romanas y á retroceder los límites del imperio. Verdad es que como guerrero y como hombre de virtudes, se hubiera deslucido menos si no le hubiera tocado vivir entre un Trajano y un Antonino. Dícese que en el ejército marchaba á pié y con la cabeza desnuda, así por entre las nieves ó escarchas de los Alpes como por las ardientes arenas de Africa: singularidad no inverosímil en quien se hacía notar así por los caprichos de artista como por las rarezas de filósofo.

Llevado de la idea de que un emperador debía á semejanza



ADRIANO

del sol hacerse presente en todos los países, visitó personalmente todas las provincias del imperio, en cuya excursión empleó once años (del 120 al 131). Siendo ya España una de las mas importantes, y siendo además su patria, no podia dejar de comprenderla en su visita. Reedificó en Tarragona el templo de Augusto erigido por Tiberio. Hallándose en aquella ciudad, paseando un día solo por su jardin, se vió acometido por un hombre con una espada desnuda en la mano: el emperador, por medio de diestros movimientos, pudo ir burlando los ataques del agresor hasta que acudió gente en su auxilio. Informado despues de que aquel hombre no tenia su juicio cabal, se opuso á que se le castigara y mandó entregarle á los médicos (122).

Allí convocó una asamblea de los representantes de las principales ciudades españolas. Todos acudieron á excepcion de los de Itálica, que despreciaron el edicto, no sabemos por qué. Justamente resentido Adriano, en el viaje triunfal que despues hizo por las provincias españolas pagó á Itálica su desaire, negándose á visitarla por mas instancias que para

ello le hicieron. En la asamblea de Tarragona mostraron los diputados españoles una entereza y una independencia que pudiera servir de ejemplo para ulteriores tiempos. Aunque amante Adriano de la paz, necesitaba de numerosas legiones para guarnecer las vastas posesiones romanas, y pidió un nuevo contingente de hombres (123). Expusieronle los diputados que no podian acceder á la demanda de un subsidio que privaria al país de la flor de su juventud. No le valieron al emperador sus dotes oratorias para convencer de la necesidad del impuesto: á pesar de su elocuencia, el subsidio fué denegado. Obsequiaronle, no obstante, con grandes festejos en Tarragona. Desde allí emprendió su viaje por las demás ciudades de la Península, las cuales se disputaban el honor de consagrarle medallas y de erigirle monumentos. En una inscripción hallada en Munda se le llama *Emperador, César, nieto del divino Nerva, Trajano, Augusto, Dácico, Máximo, Británico, Sumo Pontífice, por segunda vez investido del poder tribunicio y del consulado, padre de la patria*. De la misma medalla se deduce que hizo gracia á la provincia de

un millon novecientos mil sestericios que debía, y que restableció á su costa la calzada pública desde Munda á Cartima en una longitud de veinte mil pasos (1).

No se contentaba Adriano con proteger las letras y las artes liberales. Ocupóse tambien de la reforma del derecho civil, y publicó el *Edicto perpetuo*, tan célebre en la historia de la jurisprudencia: hizo leyes contra la corrupcion, y contra la barbarie con que se hacia el comercio de esclavos: prohibió los sacrificios humanos, y los establecimientos de baños comunes á los dos sexos, y realizó otras reformas saludables á la civilizacion y á la moral.

Consumóse bajo el imperio de Adriano la ruina nacional de los judíos. Cuando este emperador visitó la Judea, hizo reedificar la ciudad de Jerusalem, pero prohibiendo la entrada á los judíos, que solo á fuerza de oro lograban el consuelo de ir á llorar sobre las ruinas de su patria. Habíalos ocupado el emperador en fabricar armas para sus tropas. Sirviéronse de ellas para insurreccionarse contra sus dominadores. Dirígalos un tal Barcochebas que se decia el Mesías, y á quien proclamaban el astro de Jacob. Horrible fué la mortandad que ejecutaron aquellos furiosos hebreos. Cerca de quinientos mil griegos fueron degollados en Cirene, en Chipre y en Egipto. Con bárbara ferocidad aserraban los cuerpos de las víctimas, devoraban sus carnes y bebían su sangre (2). Pero la espada romana se cebó á su vez en la sangre del ingrato pueblo hebreo (134). Sobre seiscientos mil israelitas recibieron la muerte: de los que quedaron vivos unos fueron vendidos en los mercados, otros pudieron huir, y algunos se refugiaron tambien á España acreciendo el número de los que ya existían desde el tiempo de Tito: prohibíaseles hasta volver el rostro para mirar á Jerusalem: centenares de poblaciones fueron arrasadas, y la Judea se convirtió en una soledad. La nueva ciudad se llamó Elia Capitolina, sobre el Santo Sepulcro fué colocado un ídolo de Júpiter, en el Calvario una Vénus de mármol, y el pesebre en que había nacido Jesus fué profanado dedicándolo á Adonis (3).

Pero al tiempo que se extinguía totalmente la nacion judaica, y que los dioses de la gentilidad se posesionaban de los lugares santificados por el verdadero Dios, el cristianismo iba progresando, las herejías comenzaban tambien á nacer, y la humanidad se hallaba en uno de aquellos períodos que anuncian va á obrarse una regeneracion social.

La muerte de Adriano fué tan singular y caprichosa como había sido su vida. Retirado á su casa de recreo de Tívoli como Tiberio á la de Caprea, atacado de hidropesía, pero profesando la máxima de que un príncipe debe morir alegre, entregábase á todos los placeres y desórdenes sensuales que la anchurosa moral del paganismo permitía. Por último, á consecuencia de los excesos, dejó el mundo (138), no sin recitar al tiempo de morir unos chistosos versos de su composicion que se han conservado por su rareza, así en la idea como en la estructura (4).

Había adoptado á Antonino, que le sucedió, y recibió el nombre de Pio, ó el piadoso, por el afecto que á su padre adoptivo mostró siempre. Fué Antonino uno de los mejores

(1) En algunas monedas de Adriano se ve en el anverso el busto del emperador, en el reverso una matrona con un ramo de oliva en la mano, un conejo á los pies, y la palabra *Hispania*. Que fué lo que dió ocasion á algunos para tomar el conejo por emblema de España y para hacer derivar el nombre de la nacion de la palabra *span*, conejo. En otra parte hemos manifestado la puerilidad de esta derivacion, á pesar de las monedas de Adriano.

(2) Dion Cas. lib. LXIII.

(3) En una letanía que cantaban despues los hebreos se decia: «*Recordare Domine, qualis fuerit Adrianus, crudelitatis consilia amplexus, consultu idola se pervertencia, etc.*» Juan de Lenth. De Judeorum pseudo-Messias.

(4) Hé aquí aquellos singulares versos:

Animula, vagula, blandula.
Hospes comesque corporis,
Quae nunc abibis in loca.
Palidula, rigida, nudula,
Nec ut soles, dabis yocos.

(Spartiano, Vida de Adriano.)

principes de que hace mencion la historia. Religioso, justo, benéfico, fué el mas amado de todos los emperadores, el mas querido de sus pueblos, y nadie tampoco lo había merecido mas que él. Cerca de veintitres años duró su pacífico reinado, y en este largo período no hay que decir de España sino que gozó de venturosa tranquilidad. Antonino dejó por sucesor á Marco Aurelio (161), oriundo tambien de familia española y pariente de Adriano (5).

«Dichosos los pueblos, se ha dicho siempre, cuyos reyes son filósofos y cuyos filósofos son reyes.» Esta dicha se realizó con Marco Aurelio, llamado con justicia el Filósofo. *Vosotros no sabeis*, les decia á sus amigos cuando supo su elevacion al imperio, *cuántas espinas crecen en las gradas de un trono*. Y cuando dejó los jardines de su madre para ir á habitar el palacio de los Césares, las lágrimas corrían de sus ojos al compás de los unánimes trasportes de alegría á que se entregaba el pueblo. Uno de sus primeros actos fué asociarse al imperio á su hermano Lucio Vero. Por primera vez se vió con sorpresa en Roma á dos emperadores con igual ejercicio de poder. Pero la muerte de Lucio no tardó en dejarle solo en la silla imperial. Esto y las calamidades públicas que sobrevinieron hicieron que resplandecieran mas sus virtudes. Los horrores del hambre acosaban al pueblo, y Marco Aurelio supo aliviarlos. Como su esposa Faustina se quejara de que hubiese gastado la mayor parte de sus bienes en socorrer á



ANTONINO

los menesterosos: *La riqueza de un príncipe*, le respondió, *es la felicidad pública*. Regularizó los impuestos, selló con la nota de infames á los calumniadores, y afirmó la autoridad vacilante del senado. El reinado de Marco Aurelio era el solo capaz de hacer que no se llorara el de Antonino Pio. El imperio gozaba de felicidad; el mas desgraciado era el emperador, cuya vida acibaraban los desórdenes de su esposa, la impúdica Faustina.

En el año décimo de su reinado (171), los africanos de la Mauritania pasaron el estrecho, vinieron á devastar las provincias meridionales de la Península, y pusieron sitio á Singilis (Antequera la Vieja); pero los gobernadores Vallio y Severo los obligaron á levantarle y los lanzaron de España, persiguiéndolos hasta las costas de Tánger.

Otras guerras mas terribles turbaron la filosófica tranquilidad de Marco Aurelio. Las fronteras del imperio comenzaron á ser asaltadas por los pueblos bárbaros del Norte, como si fuesen la vanguardia de los que, tiempo andando, habían de concluir por derrocarlo. En todas partes los arrolló, rechazándolos mas allá del Danubio, que ya habían franqueado. Por consecuencia de aquellas victorias que le valieron el título de *Germánico*, devolvieron los bárbaros á Roma cien mil prisioneros; prueba grande de cuánto era ya su poderío. Aconteció en el curso de aquellas guerras un suceso que hizo gran ruido en el mundo. Hallábase Marco Aurelio allende el Danubio cercado por los marcomanos. La falta de agua tenia á sus tropas, devoradas por la sed, en un estado de desesperacion (174). De repente se oscurece el cielo, y á poco rato comienza á caer á torrentes la lluvia, que los soldados reciben con ansia poniendo sus cascos para recogerla. Cuando estaban entretenidos en esta ocupacion consoladora, caen de improviso los bárbaros sobre ellos y ejecutan horrible matanza. Mas luego aquella misma nube descarga sobre los enemigos un diluvio de granizo, acompañado de truenos, que los llena

(5) Su bisabuelo paterno era de Ucubi, ciudad de la Bética, no lejos de Itálica.

de terror, y alentados á su vez los romanos, los vencen, los arrollan y los ahuyentan. Gentiles y cristianos, todos tuvieron aquel suceso por milagroso. Lo que hace mas á nuestro intento, fué que el emperador lo creyó así, y escribió al senado indicando, aunque muy circunspectamente, que debía aquella victoria á los cristianos, y es lo cierto que ordenó fuesen castigados los que profiriesen calumnias contra ellos (1). Citámoslo como prueba de lo que ya entonces habían cundido las doctrinas del cristianismo.

Volvieron, no obstante, á mover despues nuevas guerras las hordas salvajes del Norte, y Marco Aurelio murió antes de acabar de sujetar á los bárbaros (180). Con él perdió Roma el príncipe mas cumplido y cabal que se había sentado en el trono de los Césares, y España lloró la pérdida del que le había dado otros diez y nueve años de paz y de ventura. Llegó el imperio romano con Marco Aurelio al punto culminante, de que no hará ya sino descender.

CAPITULO III

Desde Marco Aurelio hasta Constantino

DE 180 Á 306 DE J. C.

Comienza á sentirse la decadencia del imperio.—Cómmodo.—Su depravacion é iniquidades.—Abyeccion del senado.—Reinados de Pertinaz, Didio Juliano, Séptimo Severo, etc.—Monstruosidades de Eliogábalo.—Alejandro Severo sostiene por algun tiempo con dignidad el decadente imperio.—Otros emperadores ú oscuros ó malvados.—Guerras civiles.—Decio.—Primeras irrupciones de los bárbaros.—Godos, francos, escitas.—Trágica y afrentosa muerte de Valeriano.—Los treinta tiranos.—Frecuentes asesinatos de emperadores.—Interregno de ocho meses.—Tácito y Probo.—Sus virtudes.—Diocleciano.—Division del imperio.—Cruda persecucion contra los cristianos.—Constancio y Galerio.—Daciano.—Martirios en España.—Maximiano.—Constantino.

Hemos recorrido esta galería de ilustres príncipes, los Flavios y los Antoninos, que dieron á España, al imperio y al mundo cerca de un siglo de paz y de ventura, no interrumpida sino por el reinado de Domiciano, que fué como una mancha que cayó en medio de aquellas púrpuras imperiales. La firmeza de Vespasiano, la dulzura de Tito, la generosidad de Nerva, la grandeza de Trajano, la ilustracion de Adriano, la piedad de Antonino y la filosofía de Marco Aurelio, hicieron de aquellos insignes varones otros tantos astros benéficos que resplandecieron y alumbraron al mundo romano, y bajo su influjo España dió grandes pasos en la carrera de las artes, de la política y de la civilizacion. Solo faltaron á estos buenos príncipes dos grandes pensamientos para acabar de ser buenos; el de haber abrazado la nueva religion, y el de restituir al pueblo los derechos que sus antecesores le habían quitado.

Tócanos ahora repasar con disgusto otro catálogo de emperadores, que como aquellos para dicha, estos para azote de la humanidad parece haber sido permitidos, por no atrevernos á decir enviados por la Providencia. Lo haremos rápidamente, ya porque no nos proponemos escribir la historia de los emperadores romanos sino en la parte que de ello pudo tocar á España, ya porque no es grato ni exponer ni contemplar un negro cuadro de horribles vicios, y ya porque por fortuna la España, colocada á alguna distancia de Roma, participaba menos que la capital del imperio del siniestro influjo de aquellos corrompidos séres que para afrenta de la humanidad conservaron el título de emperadores.

Imposible parece que un padre tan virtuoso como Marco Aurelio engendrara un monstruo como su hijo Cómmodo, y no extrañamos que por respeto á las virtudes del padre supongan algunos historiadores que Cómmodo no fué hijo del emperador filósofo, sino de la disoluta Faustina y de un gladiador, que, entre otros de la hez del pueblo, obtuvo sus favores. Los hombres no pueden imaginar vicio, ni crimen, ni torpeza, ni crueldad, ni corrupcion de ningún género que no se hallase reunido en Cómmodo. Sus acciones, sus gustos, menos eran ya

(1) El hecho le atestiguan casi todos los historiadores, y Tertuliano en su apología habla de la carta de Marco Aurelio como de una cosa conocida.

de hombre corrompido que de bestia salvaje. Tiberio, Neron, Calígula, Vitelio y Domiciano, habían sido templadamente desenfrenados en comparacion de Cómmodo. «El cielo, dice un escritor ilustre, añadió la locura á sus crímenes á fin de no espantar demasiado á la tierra.» En efecto, el vender todos los cargos públicos, el quitar la vida á muchos senadores, patricios y familias consulares, el tener un serrallo de trescientas concubinas y otros tantos mancebos, podia atribuirse á avaricia, á tiranía y á voluptuosidad. Pero el dividir en dos pedazos á un hombre grueso por el bárbaro placer de ver derramarse por tierra sus entrañas (2); el mandar asesinar una noche en el teatro á todos los que á él habían asistido; el sacar los ojos ó cortar los pies á los que tenían una fisonomía que le desagradara.... esto ya no cabe en las medidas de la maldad y de la corrupcion, sin recurrir á un extravío de la razon, á una verdadera locura. Sin embargo, el pueblo consentia que se llamara á sí mismo el *Hércules Romano*; que Roma se titulara *Colonia Comodiiana*, y hasta el senado inscribió á la puerta de la asamblea: *Casa de Cómmodo*. Increible parece tanta abyeccion. ¡Y aun reino trece años este monstruo! Esto parece menos comprensible. Al fin tuvo que morir á manos de un atleta y con el veneno de una concubina (193). Apartemos ya la vista de tanta infamia y de tanta degradacion. Solo el cristianismo no fué perseguido por este hombre bestial, gracias á Marcia, una de sus favoritas que protegía á los cristianos (3).

La España vió pasar sin acaecimiento alguno notable el corto reinado de Pertinaz. Asesinaronle los pretorianos porque quiso restablecer la disciplina; y se sacó el imperio á pública subasta. Presentáronse dos postores, y se adjudicó á Didio Juliano que ofreció mil doscientas cincuenta dracmas mas que su competidor (4), entregándole ciento veinte millones de hombres como quien entrega una mercancía. Didio no pudo pagar la suma ofrecida, y á los sesenta y seis dias fué asesinado (194). Cada legion queria ya nombrar su emperador. Tres fueron elegidos; el mas fuerte se quedó con el imperio. Fué este Séptimo Severo. Para que se forme juicio de lo que era, solo diremos que obligó al senado á colocar á Cómmodo en la clase de los dioses. ¡A Cómmodo! Y para que todo en él fuese completo se declaró el mayor perseguidor de los cristianos: aunque era la tercera persecucion, puede decirse que para España fué la primera, así por haber sido la mas rigurosa y cruel, como porque entonces era ya grande en España el número de los discípulos de la Cruz. En los reinados de Cómmodo, de Pertinaz, de Juliano y de Severo se vió brillar la elocuencia de los primeros padres de la Iglesia. Por lo demás España, apartada un tanto de los teatros de los desórdenes, y sin mezclarse en ellos, seguía su marcha, sin sentir sino débilmente las grandes sacudidas del imperio.

Severo dejó por sucesores á sus dos hijos Caracalla y Geta; pero aunque hermanos, eran enemigos mortales, y Caracalla, deseando reinar solo, se deshizo de su hermano asesinándole en los brazos de su madre (211). Caracalla tuvo la necia presuncion de querer imitar á Alejandro y Aquiles. Nos hemos propuesto no fatigar al lector con la pintura de los vicios de cada uno de estos pseudo-emperadores. Murió asesinado por Macrino (218), que obtuvo el imperio, y no hizo nada sino mandar levantar altares al mismo á quien había asesinado. Los romanos, luego que morían los déspotas, los convertían en dioses: así gozaban de dos inmortalidades, la del odio público y la de la ley que le consagraba. Catorce meses reinó Macrino; hasta que el ejército que le había dado el imperio se le quitó con igual facilidad. Por un concurso extraordinario de circunstancias despues de Macrino una intriga de mujeres elevó al imperio á un jóven sirio, por sobrenombre Eliogábalo, ó mas exactamente Elagábalo ó Elagabal, el cual fué muerto con su madre en un lugar inmundo (5), y arrojado su cadáver

(2) Hist. August. pág. 128.

(3) Herod. in Vit. Commod.

(4) Dion. Hist. Rom. lib. LXIII.

(5) *Atque in latrina ad quam confugerat occisus*. Hist. August. página 478.